



## **Homilía en la Ordenación presbiteral del Hno. Francisco Rivera OCSO Monasterio de Santa María de Huerta – 15 de septiembre de 2018**

Querido P. Abad del Monasterio de Santa María de Huerta, PP. y HH. Cistercienses, sacerdotes concelebrantes, familiares del Hno. Paco, hermanos todos:

Hno. Paco, en este momento tan importante para ti, te invito a que analices el camino que has recorrido hasta llegar al día de hoy. Si echas la mirada atrás puedes contemplar, en primer lugar, con enorme gratitud y emoción, haber nacido a la vida humana. La vida es un don maravilloso, un regalo de Dios, y en este regalo están directamente presentes tus padres; ellos cooperaron en la obra de Dios para que nacieses en el tiempo. Y hoy es un buen momento para agradecer a Dios y a tus padres el don de la vida y todo lo que han hecho por ti a lo largo de tu existencia.

Y, en esa mirada retrospectiva de la memoria, contemplas también, con una emoción y gratitud más grandes aún, el nacimiento a la vida divina por medio del Bautismo. A través de ese sacramento, recibiste la semilla de la fe y fuiste sumergido en Cristo muerto y resucitado, nuestro Salvador. Por su muerte y resurrección estás ya salvado. Y la vida de cada bautizado está insertada para siempre en la vida, en la manera de ser y de actuar de Cristo. Después recibiste la primera comunión, la confirmación y la entrada en la vida monástica: ¡Cuántos y qué inmensos dones te ha concedido el Señor! Recuérdales, contéplalos hoy, lleno de emoción y agradecimiento. Nuestra alma proclama con María, estremecidos de gozo: *“¡El Poderoso ha hecho obras grandes por mí!”*.

Hoy el Señor que, como a Jeremías (Jr 1, 5), ya te escogió en el seno materno, te concede un nuevo y hermosísimo regalo. Un regalo que, como todos los dones de Dios, nadie merecemos: a través del sacramento del orden sacerdotal, el Señor comparte contigo su más honda identidad, su eterno sacerdocio a favor de todos los hombres; te concede participar en lo más entrañable y radical de la misión que Él recibió del Padre. Por la imposición de mis manos y por la unción del Espíritu Santo, que va a derramarse sobre ti, vas a ser verdaderamente sacerdote de Jesucristo, sacerdote con Jesucristo, sacerdote en el único y eterno sacerdocio de Jesucristo.

¿Qué implica esta participación en la misión sacerdotal de Cristo, este precioso don, carisma y ministerio? Me vas a permitir hablarte con las palabras que el Papa Francisco dirigió en la mañana del 8 de septiembre pasado (en la Sala clementina) a los Obispos de los territorios de misión que participaban en un seminario promovido por la Congregación para la evangelización de los pueblos. Lo que el Papa decía lo podemos aplicar a los presbíteros que también participan del sacerdocio de Jesucristo y que debe

formar parte de tu vocación: ser hombre de oración, de anuncio y de comunión.

### *Hombre de oración*

La oración, y más en el caso de un presbítero contemplativo, no es una devoción sino una necesidad. No es una tarea entre tantas sino un indispensable ministerio de intercesión. No estás en este Monasterio encerrado para alejarte del mundo sino para ofrecerte por el mundo. Precisamente, el sacerdocio lleva consigo la oblación de sí mismo. El corazón del sacerdocio es el ofrecimiento de la propia vida por los demás. El presbítero, como Moisés, tiene las manos hacia el cielo en favor de su pueblo (Ex 17, 8-13) y se dispone a ofrecer la Eucaristía *“llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día”*.

Con el rezo asiduo de la Liturgia de las Horas, la oración personal ante el Santísimo Sacramento y la celebración de la Eucaristía, estás ofreciéndote y creando el Reino de Dios como hemos escuchado en el Evangelio: *“El Reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”* (Mc 4, 26-27).

San Bernardo de Claraval, en uno de sus Sermones sobre la oración, nos explica cómo orar a Dios: *“Como un enfermo ante el médico, así debe actuar el pecador con su Creador. Sí, el pecador debe orar a Dios como el enfermo al médico. Hay dos obstáculos para la oración del pecador: la falta de luz o el exceso. Está a oscuras quien no ve ni reconoce sus pecados. Y está ofuscado por exceso de luz quien ve tanto pecado que desespera del perdón. Ninguno de ellos puede orar. ¿Qué hacer entonces? Atenuar la luz para que el pecador vea y confiese sus pecados, y así podrá orar y suplicar el perdón”*.

### *Hombre del anuncio*

¿Cómo es posible ser hombre de anuncio desde una comunidad contemplativa? Lo serás si en tu vida te descentras para poner en el centro a Cristo. Éste es el mejor anuncio: testimoniar que tú ya no eres el centro de ti mismo sino que has puesto a Cristo en tu vida para encontrarte a ti mismo. No busques la comodidad, ni tengas apoyos humanos ni seguridades mundanas. Apóyate exclusivamente en la fidelidad de Dios porque *“el que os llama es fiel y Él lo realizará”* (1 Tes 5, 24).

Que tu anuncio sea vivir desde una vida humilde y oculta el amor de Dios que se derrama cada día en tu corazón. Sin caer en la tentación del poder, de la mundanidad de la que tanto nos habla el Papa Francisco. Recibimos el ministerio sacerdotal no para buscarnos a nosotros mismos sino para ofrecernos con Cristo en el altar. Porque nos duele el mundo, nos duele el pecado del mundo, de cada hombre, de cada mujer; porque nos duele la vida sin Dios de tantos hermanos nuestros, nos duele tanto sufrimiento y tanta muerte sin Dios. Ser sacerdotes y víctimas con Jesucristo es gastarse y desvivirse por los demás, a ejemplo suyo; es vivir una vida de constante desapropiación de sí mismo para darse a Cristo y a los demás, para gloria del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo.

Estas palabras del Papa no necesitan ninguna explicación: En el anuncio del Evangelio *“está siempre el riesgo de cuidar más la forma que la sustancia, de transformarse en*

*actores más que en testigos, de diluir la Palabra de salvación proponiendo un Evangelio sin Jesús crucificado y resucitado. Pero vosotros sois llamados a ser memoria viva del Señor para recordar a la Iglesia que anunciar significa dar la vida, sin medias tintas, dispuestos también a aceptar el sacrificio total de sí mismo”.*

### *Hombre de comunión*

La comunión está intrínsecamente unida con la obediencia. En el Decreto conciliar sobre la renovación de la vida religiosa “*Perfectae Caritatis*” se habla, en el n. 14, de la obediencia y, a continuación en el n. 15, de la vida en común. La obediencia no degrada al hombre ni lo hace menos que aquellas personas a las que obedece pues “*lejos de aminorar la dignidad de la persona humana la lleva a una plena madurez, con la ampliada libertad de los hijos de Dios*” (PC 15).

Pero la comunión es algo más que la pura obediencia. Querido Hno. Paco: Vive con alegría la pertenencia a esta comunidad cisterciense. Ama a tus hermanos de comunidad. La comunión se realiza, ante todo, en las comunidades. No seas cicatero a la hora de tu entrega y servicio. Estás llamado a ser experto de comunión, ante un mundo dividido por las guerras y las discordias, en una Iglesia que, como dirá San Juan Pablo II, tiene como reto para este tercer milenio ser casa y escuela de comunión (cfr. NMI n. 43).

Termino con estas palabras del Papa Francisco: “*La Iglesia necesita unión, no solistas fuera del coro o líderes de batallas personales. El pastor reúne: [...] no es noticia en los periódicos, no busca el consenso del mundo, no está interesado en proteger su buen nombre sino que ama tejer la comunión involucrándose en primera persona*” (Discurso a los Obispos de los territorios de misión, 8.9.2018)

Hno. Paco, que este día de hoy, que esta Palabra de Dios ilumine toda tu vida. Hoy es un día de alegría, de felicidad e ilusión. Pero no siempre va a ser así. La vida está llena de situaciones diversas. En esos momentos acuérdate de este día. Acuérdate de estas palabras que ahora pronunciarás: “*Sí, quiero, con la gracia de Dios*”. No olvides nunca que es el Señor el que te guía, te sostiene y te lleva. Al principio te he dicho que hicieras un viaje en tu memoria. Espero que este día sea un momento esencial en tu vida y te sirva en el futuro como estímulo a seguir abandonándote en los brazos de Dios.

Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores, cuya memoria celebramos hoy, Madre sacerdotal y dulzura de la vida, te ayudará a mantener la alegría espiritual. No lo dudes jamás: Ella, Madre y Maestra, te dirá cada día tu vocación para que seas fiel al ministerio recibido. Ella, la Virgen Madre, te consolará en todas tus aflicciones y te conseguirá del Padre la fuerza y los dones del Espíritu para ser sacerdote con Jesucristo. Amén.

**✠ Abilio Martínez Varea  
Obispo de Osma-Soria**